no excitó en ellos más que un sentimiento, el del desprecio.

Pero no le sucedió lo mismo al sentido común, á la filosofía y á la historia; porque los hombres que están en sus secretos y que no se alimentan con sofisterías, salieron inmediatamente en defensa de sus fueros, que tan mal parados dejó el Sr. Búlnes en su malhadada hoja suelta.

Con tal motivo se han publicado ya, y han de publicarse todavía una serie de artículos tan luminosos, tan correctos, tan nutridos de verdades históricas y tan dignos de ser leídos por todos, que han sugerido la idea de formar el presente libro que creemos será del agrado del público.

Si tal objeto conseguimos, nos consideraremos bien recompensados; pues nuestro principal objeto es, que conociéndose por todos los hechos históricos franca y lealmente expuestos, pueda apreciarse bien la razón de nuestra conducta, contribuyendo por este medio á que se estrechen los lazos de unión y amistad que jamás debieron interrumpirse entre Méxicanos y Españoles, para bien y provecho de la civilización y del progreso.

CAPITULO I

D. CARLOS DE OLAGUIBEL Y ARISTA

(SUS ARTICULOS)

Los intereses de México en su situación con respecto á los Estados Unidos.

I

El notabilísimo informe rendido al Senado por el Sr. Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores, sobre la Convención concluída con Inglaterra, y felizmente aprobada ya por aquella Cámara, para fijar los límites de Yucatán y Belice, y en el cual campean el patriotismo y la convicción hija del más concienzudo estudio, contiene alguna observación que, á nuestro entender, constituye indicio vehementísimo, cuando no prueba concluyente, de la verdad de las opiniones que nos han inducido á defender el elemento español en México como poderoso agente del robustecimiento de nuestra nacionalidad, fatalmente amagada por los fenómenos de desarrollo que han de realizarse en el pueblo anglo-americano.

Los más distinguidos hombres públicos de México han pensado siempre que una de las más vitales necesidades de nuestro progreso, y en consecuencia, de nues-

tra seguridad, es el aumento de población; pero, para que tal hecho sea la satisfacción de aquella necesidad, y no una desgracia como la de Texas, la experiencia, amarga en verdad, nos ha enseñado que la población que lleve el trabajo, la riqueza, el orden y la civilización á los desiertos de nuestra tierra, tiene que ser población identificada con nosotros por todos los vínculos que atan un grupo humano al espíritu y tendencias características de raza.

La historia del mundo podría acaso proporcionarnos muchos ejemplos que demostraran el acierto de esta idea; pero no necesitamos buscarlos fuera de nuestra tierra: aquí tenemos aquel de Texas, que jamás se olvidará mientras haya un corazón mexicano.

Y señalando hechos públicos, de notoriedad absoluta, de completa evidencia, hemos probado que, considerado en conjunto, el español es el *único* inmigrante que se identifica con nosotros, que funda *familia mexicana;* en otras palabras, esos hechos que hemos señalado á la vista de los lectores de nuestros artículos demuestran, ó mejor dicho descubren esta verdad, de la más alta importancia para el estadista y para el patriota: que España es la *única* nación que da sangre en abundancia á la *nacionalidad mexicana.*

La naturaleza y la historia han querido que seamos vecinos de un pueblo que, colocado en condiciones completamente diversas de las nuestras, está destinado á un desarrollo rápido y sorprendente, principalmente efectuado por inmensa amalgama étnica, que no podría decirse si será garantía de larga vida ó señal de temprana disolución, en tanto que México parece destinado á un desarrollo lento, que, como *nación soberana*, no ha de poder efectuar sino con la raza que, al emprender la conquista, produjo la unidad, es decir, el pueblo, y bajo la acción de sus leyes y de su labor de cultura, creó la nación que por efecto de todo ese proceso de tres siglos pudo nacer á la vida de la soberanía y llegar á ser lo que es ahora.

Esta diversidad de condiciones entre México y los

Estados Unidos, es, á nuestro juicio, lo que constituye nuestro peligro y lo que revela el error inmenso, asombroso y abrumador de los que por simpatías á la rebeldía cubana, han procurado convertir el sentimiento de las masas en agente del prestigio anglo-americano en México y en barrera al aumento de la corriente de la inmigración española, que ocupa, decimos, lugar *único* como factor de *desenvolvimiento nacional*, y el *primero* como factor de *progreso material y social.* Los fenómenos del desarrollo en los Estados Unidos, decíamos, tienen que ser rápidos, sorprendentemente rápidos, y en natural contraposición con nuestros intereses, no sabemos cuándo habrá de manifestarse en hechos ese conflicto latente de intereses, principalmente económicos, y, aunque en menor escala, también políticos.

No queremos decir que tal conflicto sea efecto de deliberado odio ó mala voluntad del pueblo anglo-americano; no queremos decir que la insultante *doctrina del destino manifiesto* sea aceptada por la mayoría de él como una expresión de perversidad: ese conflicto está en la naturaleza del desarrollo étnico y del progreso social é histórico. No es asunto que puede despertar el odio: es asunto que debe poner en actividad la previsión patriótica; y la historia, los sucesos contemporáneos, los hechos cotidianos que están á la vista de todo el mundo, nos dicen á una voz que, dadas las afinidades de los pueblos, las sugestiones del interés propio en los extraños, la necesidad de nuestra seguridad, nos lleva á buscar vigor *nacional* y condiciones para conservarnos, y aun para imponer condiciones en el extremo dolorosísimo de la derrota, en el seno de nuestra propia raza.

De previsiones como éstas se burlaba no há mucho un escritor distinguido, estimadísimo amigo nuestro, presentando á los Estados Unidos como un modelo de justificación. Y no faltan por ahí ilusos que, magnificando ese error, proclaman la llamada doctrina de Monroe como la egida de las nacionalidades hispano-americanas, y tienen al pueblo de aquella República como desinteresado y nobilísimo defensor de ellas. Más aún: se

nos ha acusado, por esas ideas que el más sincero y profundo amor á la patria nos obliga á someter á la consideración de nuestros compatriotas, de promover los odios populares contra una nación amiga, que somos los primeros en admirar allá en su casa, y con la cual debemos, á no dudarlo, conservar cordiales y dignas relaciones.

El distinguido escritor amigo nuestro, y los ilusos que andan por ahí quemando inciencio á Monroe, pueden medir el acierto de sus opiniones, en comparación con las nuestras, en el concepto que el Gobierno de la República, que por cierto no se inspira en la vulgaridad, tiene del respeto que, en caso dado, profesan los Estados Unidos al derecho y á la soberanía las nacionalidades hispano-americanas. Ese concepto se encuentra expresado, por modo elocuentísimo, en el brillante y, para nosotros, concluyente informe del Sr. Mariscal al Senado, en defensa del tratado concluído con Inglaterra para la definitiva fijación de los límites entre Yucatán y Belice. He aquí las significativas palabras del señor Ministro de Relaciones, según el texto del informe publicado por *El Universal:*

".....En efecto, esa cuestión (la de la soberanía de Inglaterra en Belice) no podía discutirse con Inglaterra, que ha manifestado su resolución de no tratarla. Ni sería posible obligar á esa potencia á entrar en semejante discusión sino á lo sumo" nos vamos á tomar la libertad de subrayar las palabras en que deseamos se fije la atención del lector—"sino á lo sumo *por los medios que ha empleado Venezuela*, comenzando por romper relaciones con el gobierno inglés, y sacrificar el crédito que nos da EN EUROPA una posición ventajosa y halagüeña, para venir á parar en la TUTELA DE LOS ESTADOS UNIDOS, QUE EN NUESTRO NOMBRE HARÍAN UN TRATADO Y NOMBRARÍAN ÁRBITROS POR NUESTRA CUENTA, Á SEMEJANZA DE LO QUE CON VENEZUELA HA ACONTECIDO....."

He ahí la verdadera situación de México con respecto á los Estados Unidos, tal como nosotros la hemos

comprendido y expuesto; he ahí presentado, con la incuestionable autoridad de la ciencia y de la experiencia, el peligro de la vecindad con un pueblo que no respetará, llegado el caso, sino la fuerza, que nosotros no podemos buscar en otras razas sino para cooperar á la grandeza de ese vecino, y que, por lo mismo, no podemos encontrar sino en la propia, en la que nos da sangre, trabajo, riqueza y poder.

El concepto verdadero de esa situación servirá para estimar en todo su valor la prudencia y exquisito tacto de nuestro Gobierno en el manejo de sus relaciones con el de los Estados Unidos, y no sólo justificará, sino que también enaltecerá nuestra actitud en favor de la nación madre de nuestra raza y de la patria á que debemos y consagramos infinito amor é incondicional fidelidad.